

míame y me despertaba al continuo murmullo de las olas que rompían casi al pié de la casa del cónsul; y si puede permitirse que uno se cite á sí mismo hubiera podido aplicarme las reflexiones de Eudoro:

“El triste murmullo del mar fué el primer sonido que percibí cuando nací á la vida. ¡En cuántas costas nó he visto despues estrellarse estas mismas olas que aquí contemplo! ¿Quién me hubiera dicho hace algunos años que oíría gemir en las costas de Italia y en las playas de los batavos, de los bretones y de los galos, esas olas que veía estrellarse sobre las hermosas arenas de la Mesenia?

“¿Cuál será el término de mis peregrinaciones? ¡Dichoso yo, si la muerte me hubiera sorprendido antes de haber empezado mis correrías sobre la tierra, y cuando no tenía ninguna aventura que contar!”

Durante el tiempo que tuve precisión de permanecer en Alejandría, recibí muchas cartas de Mr. Caffé, mi buen compañero de viaje por el Nilo; pero solo citaré una, que contiene algunos pormenores relativos á los negocios de Egipto en aquella época:

Roseta, 14 de Febrero de 1806.

“Muy señor mio: aunque estamos á 14 del corriente, tengo el honor de escribiros, bien persuadido de que al recibo de ésta os hallareis todavía en Alejandría. Habiendo trabajado en mis espediciones para Paris, que son en número de cuatro, me tomo la libertad de recomendárselas á usted, y suplicarle que á su feliz arribo me haga el gusto de hacerlas remitir á sus respectivos destinos.

“Mehemet-Agá, hoy tesorero de Mehemet-Alí, bajá del Cairo, ha llegado cerca del mediodía, y se dice que ha pe-

dido quinientas bolsas de contribucion sobre la nueva cosecha de arroz. Ya ve usted, amigo, que las cosas van de mal en peor.

“El pueblecillo en donde los mamelucos batieron á los albaneses, y que fué saqueado por unos y otros, se llama *Neklé*; el otro en que fuimos atacados por los árabes, es *Saffi*.

“Siempre sentiné el no haber tenido la satisfaccion de ver á usted antes de su partida, con lo cual me privó usted de un gran gusto, etc.

“Vuestro humilde, etc.

“L. E. CAFFÉ.”

El 23 de Noviembre á mediodía, habiendo refrescado el viento, me fuí á bordo con mi criado francés, pues ya he dicho que había enviado al griego á Constantinopla. Abracé en la costa á Mr. Drovetti, y nos prometimos amistad y recuerdo: hoy tengo el gusto de satisfacer esta deuda.

Nuestro buque estaba fondeado en el gran puerto de Alejandría, en donde los barcos franceses son recibidos en el dia lo mismo que los turcos: revolucion debida á nuestras armas. Encontré á bordo un rabino de Jerusalem, un berberisco y dos pobres moros de Marruecos, que descendían quizá de los Abencerrajes, y volvían de la peregrinacion de Meca, los cuales me pedían su pasaje por caridad. Recibí, pues, á los hijos de Jacob y de Mahoma en nombre de Jesucristo; pero en el fondo no tenía en ello gran mérito, porque se me puso en la cabeza que aquellos infelices me serían útiles, y que mi equipaje pasaria de contrabando cubierto con sus andrajos.

Dimos la vela á las dos, y un práctico nos sacó del puerto; mas como el viento era flojo y del Mediodía, permane-

cimos tres días á vista de la columna de Pompeyo que descubrimos en el horizonte; el tercero por la noche oímos el cañonazo de retreta de Alejandría, que fué como la señal de nuestra partida definitiva, porque se levantó el viento del Norte, y nos hicimos á la vela hácia el Occidente.

Al principio tratamos de atravesar el gran canal de la Libia; pero el viento del Norte, que ya no era muy favorable, saltó al Nor-Oeste el día 29 de Noviembre, y nos vimos obligados á correr bordadas entre Creta y la costa de Africa.

El 1º de Diciembre, habiéndose fijado el viento en el Oeste, nos cortó absolutamente el rumbo. Poco á poco fué declinando al Sud-Oeste, hasta convertirse en una borrasca, que no cesó hasta que llegamos á Túnez. Nuestra navegación ya desde entonces no fué mas que una especie de continua borrasca de cuarenta y dos días, que no deja de ser bastante. El 3 amainamos todas las velas, y nos abandonamos á merced del viento, y así fuimos llevados con extrema violencia hasta las costas de la Caramania, en donde durante cuatro días enteros pude ver despacio las tristes y altas cumbres del Cragus cubiertas siempre de nubes. Reconocimos el mar en todas direcciones, procurando alejarnos de la tierra á la menor variación del viento. En una ocasion nos decidimos á entrar en el puerto de Chateau-Rouge; pero el capitán, que era estremadamente tímido, no se atrevió á fondear. La noche del 8 fué terrible; una ráfaga súbita del Mediodía nos echó sobre la isla de Rhodas; los golpes de mar eran tan fuertes y repetidos, que molestaban extraordinariamente el buque. Descubrimos una pequeña falúa griega medio sumergida; mas no pudimos darla ningún auxilio: pasó á unos dos cables de nuestra popa, y los cuatro hombres que la gobernaban

estaban arrodillados sobre cubierta; habian colgado un farol en el mastelero, y daban unos gritos agudos, que el viento traía hasta nosotros. Cuando amaneció el día siguiente, ya no volvimos á ver la falúa.

Habiendo saltado el viento al Norte, soltamos la mesana, y procuramos sostenernos sobre la costa meridional de la isla de Rhodas. Avanzamos hasta la isla de Escarpanto; mas el 10 volvió á declinar el viento hácia el Oeste, y perdimos toda esperanza de continuar nuestro rumbo. Yo hubiese querido que el capitán, renunciando á la idea de pasar el canal de Libia, se hubiera metido en el Archipiélago, donde podíamos encontrar otros vientos; mas él temia engolfarse en medio de las islas: ya estábamos en el mar diez y siete días. Para ocupar mi tiempo, copiaba y ponía en órden las notas de este viaje y las descripciones de los *Mártires*. Por la noche me paseaba sobre cubierta en compañía del segundo capitán Dinelli. Las noches pasadas en medio de las olas, á bordo de un buque combatido por la tempestad, no son estériles para el alma, porque los nobles pensamientos nacen de los grandes espectáculos. Las estrellas que parece huyen por entre las interrumpidas nubes, las brillantes olas que os rodean, los golpes de mar que producen un ruido sordo en los costados del buque, el viento que zumba entre los cordajes, todo anuncia que os hallais fuera del poder del hombre, y que solo dependeis de la voluntad de Dios. La incertidumbre de nuestro porvenir da á los objetos su verdadero precio, y la tierra, contemplada en medio de un mar tempestuoso, se parece á la vida considerada por un hombre que va á morir.

Después de haber sondeado mil veces las mismas olas, nos hallamos el 12 en frente de la isla de Escarpanto. Es-

ta isla, llamada en otro tiempo Carpathos y Carpathos por Homero, dió su nombre al mar Carpathio. Algunos versos de Virgilio forman hoy toda su celebridad:

«Est in Carpathio Neptuni gurgite vates
Ceruleus Proteus, etc.»

Digan lo que quieran los hermosos versos de las geórgicas francesas y latinas, yo mientras pueda no me iré á vivir á la isla de Proteo. Todavía me parece que estoy viendo los tristes lugares de Anchinates, Oro y San Elías, que descubrimos con los anteojos marinos en los montes de la isla. No he perdido mi reino ni mis colmenas como Menelao y Aristeo; nada espero del porvenir, y abandono al hijo de Neptuno algunos secretos que no pueden interesarme.

El 12 á las seis de la tarde, habiéndose vuelto el viento de Mediodía, insté al capitán para que se aproximase á la isla de Creta. Convino en ello, no sin dificultad; mas á las nueve dijo, según costumbre: *¡Ho paura!* y se fué á acostar. Mr. Dinelli tomó á su cargo pasar el canal que se forma entre la isla de Escarpanto y la de Cox; en el cual entramos con un viento fuerte del Sud-Oeste. Al amanecer nos encontramos en medio de un archipiélago de islotes y de escolios que blanqueaban por todos lados: en su vista tomamos el partido de refugiarnos en el puerto de la isla de Estampalia, que teníamos en frente.

Aquel miserable puerto no tenia ni buques en el mar ni casas en la costa. Solo se distinguía un pueblecillo encastrado como todos en la cumbre de una roca. Fondeamos

cerca de la costa, y yo salté en tierra con el capitán. Mientras este subía al pueblo, me quedé examinando el interior de la isla. En toda ella no ví mas que matorrales, aguas perdidas que corrian sobre el musgo, y el mar que se estrellaba sobre una zona de rocas. Los antiguos, sin embargo, llamaban á esta isla la *Mesa de los Dioses*, á causa de las flores de que estaba sembrada. Es mas conocida con el nombre de Astipalea, y en ella se encontraba un templo de Aquiles. Acaso en la miserable aldea de Estampalia existirán algunas personas muy felices, que tal vez no habrían salido jamás de su isla, ni habrán oído hablar de nuestras revoluciones. Preguntábame yo si hubiera querido gozar de aquella dicha; pero yo no era ya mas que un piloto viejo incapaz de responder afirmativamente á esta pregunta, y cuyos sueños son hijos de los vientos y de las tempestades.

Hicieron aguada nuestros marineros, y el capitán volvió con unos pollos y un cerdo vivo. En esto entró en el puerto una falúa candiota, y apenas hubo fondeado junto á nosotros, cuando la tripulación se puso á bailar al rededor del timón: *¡O Græcia vana!*

Continuó soplando el viento de Mediodía, y zarpamos el 16 á las nueve de la mañana. Pasamos al Sud de la isla de Nafia, y por la tarde, al ponerse el sol, dimos vista á la de Creta. Al día siguiente, 17, haciendo rumbo al Nor-Oeste, descubrimos el monte Ida, cuya cumbre, cubierta de nieve, semejava á una inmensa cúpula. Nos dirigimos hácia la isla de Cerigo, y tuvimos la suerte de doblarla el 18. El 19 volví á ver las costas de la Grecia y saludé á Tenaro. Con gran satisfacción nuestra vimos levantarse por el Mediodía una borrasca, que nos llevó en cinco días á las aguas de Malta. Descubrimos la isla la víspera de Navi-

dad; pero el día de Navidad, habiendo declinado el viento al Oeste-Noroeste, nos echó en medio de Lampedusa. Diez y ocho días permanecimos sobre la costa oriental del reino de Túnez, vacilando entre la vida y la muerte, y jamás olvidaré la jornada del 28. Hallábamnos á la vista de la Pantaleria; era mediodía, cuando de repente quedó el mar en una calma profunda: el cielo, iluminado por una luz amarillenta, tenia un aspecto amenazador, y al ponerse el sol sobrevino una noche tan cerrada, que justificó á mis ojos la bella espresion de Virgilio: *Ponto nox incubat atra*. En seguida llegó á nuestros oídos un ruido espantoso, se echó sobre el buque un huracán, y le hizo dar vueltas cual si fuera una pluma. En un momento se alborotó el mar en tales términos, que su superficie no presentaba mas que una vasta llanura de espuma. El buque no obedecía ya al timon, y semejaba á un punto tenebroso en medio de aquella terrible blancura. Parecia que el torbellino iba á arrebatarnos y separarnos del mar; el buque se revolvía en todos sentidos, sumergiéndose alternativamente la proa y la popa entre las olas.

La vuelta de la luz nos hizo ver mas claro nuestro peligro: tocábamos casi en la isla de Lampedusa, y el mismo ventarron hizo perecer sobre la isla de Malta á dos buques de guerra ingleses, de que las gacetas de la época hablaron. Como Mr. Dinelli consideraba inevitable el naufragio, escribí un billete concebido en estos términos: "F. A. de Chateaubriand naufragó sobre la isla de Lampedusa el 28 de Diciembre de 1806 volviendo de Tierra Santa." Cuyo papel encerré en una botella vacía, con la idea de echarla al mar en el último momento.

Pero la Providencia quiso salvarnos. Un ligero cambio

de viento nos hizo caer al Mediodía de Lampedusa, en donde ya nos hallamos en mar abierta. Como el viento se dirigia siempre al Norte, nos aventuramos á largar una vela, y corrimos sobre la pequeña sirte, cuyo fondo va elevándose hasta la costa; de modo que navegando con la sonda en la mano, se puede fondear en las brazas que se quiere. La poca profundidad del agua hace aquel mar tranquilo en medio de los vientos mas fuertes; y esta playa, tan peligrosa para los barcos de los antiguos, es una especie de puerto en alta mar para los buques modernos.

Anclamos en frente de las islas de Kerkeni, cerca de la línea de las pesquerías. Yo estaba tan cansado de aquella larga travesía, que hubiera querido desembarcar en Esfax, y trasladarme á Túnez por tierra; mas el capitan no se atrevió á buscar el puerto de Esfax, cuya entrada es en efecto peligrosa. Permanecimos ocho días anclados en la pequeña sirte, donde ví empezar el año 1807. ¡Bajo cuántos astros y en cuántas diversas fortunas habia visto ya renovarse para mí los años que pasan tan de prisa, ó son tan largos! ¡Cuán lejos estaban ya de mí aquellos años de mi infancia, en que palpitándome el corazón de alegría, recibia la bendicion y los regalos de mis padres! ¡Cuán esperado era entonces el día de año nuevo! ¡Y ahora sobre un buque extranjero, en medio del mar, á la vista de una tierra bárbara, este día se pasaba para mí sin testigos, sin placeres, sin los abrazos de la familia, y sin los tiernos votos de ventura que una madre eleva al cielo por su hijo con tanta sinceridad! Este día, nacido del seno de las tempestades, no traia á mi frente mas que cuidados, canas y pesar.

Siu embargo, creimos que debiamos celebrar su fiesta,

no como la de un huésped amable, sino como la de un antiguo conocimiento. Se mataron los pollos que quedaban, menos un valiente gallo, que era nuestro mas seguro reloj, y que no habia dejado de velar y cantar en medio de los mayores peligros. El rabino, el berberisco y los dos moros salieron de la cala del buque y subieron á recibir sus aguiñaldos en nuestro convite. ¡Aquello era mi banquete de familia! Brindamos por la Francia, porque aunque estábamos cerca de las islas de los Lotófagos, en donde los compañeros de Ulises se olvidaron de su patria, yo no conozco frutos bastante dulces para hacerme olvidar la mia.

Estábamos muy cerca de las islas Keskeni, que son las *Cercinae* de los antiguos. En tiempo de Strabon habia delante de estas islas las mismas pesquerías que en el dia. Las *Cercinae* presenciaron dos grandes golpes de fortuna; pues vieron pasar alternativamente fugitivos á Anibal y á Mario. Estábamos muy cerca de Africa. (*Turris Annibalis*,) en donde el primero de estos dos grandes hombres se vió obligado á embarcarse para libertarse de la ingratitude de los cartagineses. Esfax es una ciudad moderna; segun el doctor Shaw, trae su nombre de la palabra *Sfakou-se*, á causa de la gran cantidad de pepinos que se crian en su territorio.

El 6 de Enero de 1807, apaciguada en fin la tempestad, salimos de la pequeña sirte, subimos la costa de Túnez por espacio de tres dias, y el 10 doblamos el cabo Bueno, objeto de todas nuestras esperanzas. El 11 fondeamos bajo el cabo de Cartago, y el 12 anclamos delante de la Goleta, escala ó puerto de Túnez. Enviarnos la chalupa á tierra, y yo escribí á Mr. Devoise, cónsul francés cerca

del bey. Temia que me hiciesen pasar aún la cuarentena; pero Mr. Devoise me sacó el permiso para desembarcar el 18, y en verdad tuve grande alegría cuando dejé el buque. Tomé caballos en la Goleta, y rodeando el lago, llegué á las cinco de la tarde á la casa de mi nuevo huésped.

